

Anna Grau

¿Los españoles son de Marte y los catalanes de Venus?

Cómo y cuándo se fue al garete la conllevancia



Anna Grau

**¿Los españoles son
de Marte y los catalanes
de Venus?**

Cómo y cuándo se fue al garete la conllevancia

ediciones península

© Anna Grau Arias, 2015

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: abril de 2015

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2015

Ediciones Península
Pedro i Pons, 9-11, 11.ª pta.
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

VÍCTOR IGUAL · fotocomposición

EGEDSA · impresión

DEPÓSITO LEGAL: B-6.256-2015

ISBN: 978-84-9942-400-2

ÍNDICE

Prólogo: Inteligente el que lo lea (espero)	9
Del discurso de <i>farewell</i> de Pujol a su <i>farewell</i> de verdad pasando por la metamorfosis de Esperanza Aguirre (quien tampoco se libra de salir escaldada)	15
¿De quién es la culpa? de la <i>gauche divine</i> versus las hordas payesas y botigueras a las distintas tribus políticas y urbanas del momento	33
La esplendorosa <i>patacada</i> de la operación reformista	111
Ojo con la historia, que la carga el diablo...	123
Poncio Pilatos en el Majestic	151
¿España nos roba? ¿Cataluña nos sangra? ¿Qué dicen los mercados?	167
Algunas voces alternativas	177
¿Y si es verdad que ya nos hemos ido de España?	191
Del anticatalanismo al aburrimiento	203
Dos hombres y un Estatuto	211

ÍNDICE

Epílogo: «Bieito, trátame bien a los catalanes...».	
«Se hará lo que se pueda, Majestad»	225
Los que se han puesto al paio	229

DEL DISCURSO DE *FAREWELL* DE PUJOL
A SU *FAREWELL* DE VERDAD PASANDO
POR LA METAMORFOSIS DE ESPERANZA
AGUIRRE (QUIEN TAMPOCO SE LIBRA
DE SALIR ESCALDADA)

MADRID, 17 DE SEPTIEMBRE DE 2003

JORDI PUJOL: La ministra Palacio se tiene que ir a las nueve en punto. De todas, todas. Ya me lo ha dicho. Se lo cuento a ustedes porque es posible que su marcha coincida con una parte de mi discurso en la que yo defienda alguna tesis poco coincidente con el PP. Es muy posible. Que quede claro que tiene que irse, como la Cenicienta.

El cogollito de la capital de España atiende educadamente atónito. Bueno, parte de él por lo menos. Estamos en el Ilustre Colegio de Abogados de Madrid (Serrano, 9). Falta dos meses para que Jordi Pujol i Soley se apeee de la presidencia de la Generalitat por primera vez en veintitrés años. Se dice pronto. Pero no despacio.

Pujol se quiere despedir de *Madrid*. Y en el momento de la despedida saca las garras de viejo león de Estado. Los mismos que un día llevaron al diario *ABC*, nada menos, a proclamarle Español del Año. También a que otro día un

historiador extranjero —cuenta la leyenda— le dejara tiritando con la siguiente afirmación: «Usted será más recordado por lo que ha hecho por España, que por Cataluña».

Dicen que fue oír esto el todavía *molt honorable* y sentir que el frío de la muerte le rozaba. O que entraba directamente en tromba en su corazón.

Todo esto ocurre encima cuando el ciego sol de la mayoría absoluta del PP de José María Aznar se estrella en las duras aristas de las armas. Llagando de luz los petos y espaldares del nacionalismo catalán. Flameando en las puntas de las lanzas.

El ciego sol, la sed y la fatiga política... Por la terrible estepa castellana, al destierro, con doce de los suyos —polvo, sudor y hierro—, Pujol cabalga. Él, que lo fue todo desde la Transición e incluso antes, cuando padeció tortura, consejo de guerra y más de dos años de cárcel por cantar himnos prohibidos y lanzar octavillas reivindicativas en las barbas de las autoridades franquistas. Él, que arrebató la tierra y la niña de sus ojos, Cataluña, a la izquierda más divina y más chic del momento, izquierda que en 1981 tenía las neveras llenas de botellas de cava que se quedaron sin abrir. (y con el corcho bien tieso seguirían por más de dos décadas, Juegos Olímpicos incluidos). Él, que sobrevivió a la «jugada indigna» [*sic*] del intento de procesarle por el asunto de Banca Catalana. Él, que ayudó a salvar la investidura de Calvo Sotelo después del 23-F. Él, que pactó con Felipe. Y luego con Aznar. Que trajo a este «intratable pueblo de cabreros», Jaime Gil de Biedma *dixit*, un hálito de europeísmo, de idiomas y de *seny*. Sobre todo *seny*, *seny* por toneladas. Camiones de *seny* para salvar a España de sí misma.

Pujol reivindica su contribución al progreso y a la esta-

bilidad de todo el país y a la Constitución de 1978, pero es una reivindicación amarga. De la Carta Magna le gustan más el planteamiento y el nudo que el desenlace. A su juicio la ley de leyes está perdiendo aquella maravillosa capacidad de lubricación, aquel inagotable manantial de vaselina que entre todos acordaron darle, para volverse cada día más reseca y más estrecha. Para que cada vez quepan en ella menos interpretaciones y alegrías.

Es un Pujol desconcertado, decepcionado y muy mohíno el que habla por última vez como *president* en Madrid el 17 de septiembre de 2003. Un Pujol que parece salir de la España constitucional tan tímido como el Cid de Santa Gadea: «Centrándonos en los años más recientes del Gobierno del PP existe la sensación de oportunidad perdida», remacha. Y añade que en 1999, tras una primera etapa de colaboración con los populares, CiU creyó que podría ir prescindiendo de su siempre extenuante gradualismo negociador —el famoso *peix al cove*— para intentar alcanzar un «acuerdo global y definitivo» que dejara el eterno problema catalán «zanjado de una vez por todas». Bueno, pues su gozo, en un pozo: «Nuestras esperanzas no se han cumplido».

Todo lo contrario. Acusa al PP de Aznar, crecido después de entrar triunfalmente en el euro y de salir de las elecciones generales del 2000 con mayoría absoluta, de allanar implacable el paisaje con un rodillo de «homogeneización autonómica» donde impera una descorazonadora «visión excluyente» de lo catalán. ¿Y mientras tanto el PSOE? Nada, ni está ni se le espera. A éstos, Pujol les acusa de indiferencia supina y de ponerse al paio. Entre unos y otros, se duele, han convertido la Carta Magna en «una jaula cuyos barrotes se van acercando». Acabáramos.

Es un Pujol que se va corroído por el fracaso. Porque es *su* idea de una Cataluña seria y de orden dentro de una España benévola y maternal, una Sepharad generosa con aquellos de sus hijos que le hablan en lengua no castellana (aunque al crepuscular *president* jamás se le haya ocurrido expresarse en nada distinto al cristiano en sus muchos discursos y conferencias en la capital) lo que en su opinión se va al garete. Todavía falta mucho para que alguien piense y escriba que lo que se está es jodiendo. Pero la idea queda apuntada ahí.

Y no sólo la idea. Aparte de darse golpes al pecho y de afear a todos los ingratos de España su conducta, Pujol lanza una profecía. Un órdago. ¿Una maldición?

Jordi Pujol i Soley augura que ante «la decepción que flota en el ambiente» y el «creciente descontento», Cataluña ha empezado a sacudirse las telarañas y hasta las legañas. Que el viejo «espíritu reivindicativo» renace de sus cenizas. Que ojo con ello, porque esta vez no se trata de una mera ventolera o machada «electoralista» sino de algo que cobrará fuerza y cuerpo en la siguiente legislatura. De una verdadera bola de nieve. Por no querer la Cataluña por las buenas que les proponía él, Pujol, van a tener que lidiar con la Cataluña por las malas que les va a meter bajo las narices cualquier otro. Aunque el rey Lear catalán que gobernó la Generalitat con puño de hierro durante veintitrés años no deja de expresar la esperanza de que sea su sucesor en CiU quien pilote este «cambio de rasante» donde ya todos los partidos catalanes excepto el PP, porfía, abogan por la reforma estatutaria o por lo menos no se oponen a ella.

Todo esto, decíamos, en septiembre de 2003 y en el Ilustre Colegio de Abogados de Madrid, ante el cogollito de la

capital del reino. Pero ¿está el cogollo entero? ¿O le faltan hojas? Cuando al día siguiente la prensa pase lista, se destacará la presencia del entonces fiscal general del Estado, Jesús Cardenal; de los presidentes del Consejo de Estado, José Manuel Romay, y del Consejo Económico y Social, Jaime Montalvo. De representantes de la sociedad civil en todas sus variantes. Etcétera. Pero manda huevos, según se mire o se quiera ver, que con toda la que ha caído y está cayendo, sólo hayan acudido a este *farewell* dos miembros en activo del Gobierno del PP, concretamente dos ministras: Julia García-Valdecasas y Ana Palacio, que en ese momento ocupa la cartera de... ¡Exteriores!

¿Recochineo? No es imposible que Pujol, con su afiladísimo sentido de la humillación, lo haya visto así, y de ahí su broma sobre la ministra-Cenicienta que se tenía que levantar e ir a las nueve. Y a la que tras el puyazo no le queda otra que aguantar pegada a la silla hasta que Pujol acabe de hablar, a las nueve y veinte.

Peor lo tenemos con el PSOE, que con la excusa de que no gobierna ni *ná* (y de que en Cataluña el PSC se apresta a sacarse electoralmente los ojos con CiU) brilla por su ausencia con la interesante excepción de Cristina Alberdi, siempre personal, siempre distinta, y en ese momento, además, expedientada.

El PP tiene más manga ancha. Envía o permite que vaya más gente. Por ejemplo la entonces exministra, senadora y futura presidenta de la Comunidad de Madrid Esperanza Aguirre. El discurso de Pujol la ha pillado a medio desvestir un cargo para vestir otro, sin una cuota de poder demasiado precisa; todavía no es lideresa ni apunta maneras. Pero ya su rapidez de reflejos y su castizo arrojo actúan allá donde va

como un imán para los micros y para las cámaras de televisión, sobre todo para las de un programa muy visto esos días: *Caiga quien caiga*.

Pero esta vez es la tele «seria» la que inmortalizará a Aguirre saliendo del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid con una sonrisaza de oreja a oreja. Nada que ver con la sonrisilla nerviosilla, insustancialilla y para salir del paso que sus correligionarias exhibirán cuando les pregunten «qué le han parecido» las palabras del aún *molt honorable*. Ante la misma pregunta, Aguirre no se lo piensa dos veces. Es la única que contesta con chicha. Dando, para bien o para mal, la réplica: «Pujol tiene razón, la Constitución de 1978 se podía haber interpretado de otra manera, más a favor de la España que le gustaría a él; pero sucede que nos gusta más la nuestra».

Dicho lo cual se da la vuelta como una garza real. Anda y que te ondule.

MADRID, 2 DE JULIO DE 2014

Hubo un tiempo en que Blanquerna, el centro cultural de la Generalitat en Madrid, consistía en un espacio tan elegante como frígido al principio de la calle Serrano (cerca del Ilustre Colegio de Abogados, mira tú) al que no iba nunca nadie que no fuera más o menos miembro de esta guarnición de frontera. Pujol nunca mandó a sus barcos a luchar contra la cultura y otros elementos sospechosos de salir por peteneras.

Más o menos coincidiendo con la llegada a Madrid del primer delegado de la Generalitat tripartita (al César lo que es del César), Blanquerna se mudó a Alcalá, 44, en la misma

esquina del Círculo de Bellas Artes, atalaya de la progresía madrileña ilustre e ilustrada. Por fin la catalanidad vuelve a presentarse ante los ojos del reino en un escaparate atractivo, céntrico y moderno. De esos que uno cierra los ojos y se cree en París y no en *Madrid*.

En tal escaparate aparece el 2 de julio de 2014 por la tarde un libro poco común con una presentadora que todavía lo es menos: nuestra vieja amiga Esperanza Aguirre. A ella ha recurrido Arturo San Agustín, el catalán autor de *Cuando se jodió lo nuestro. Cataluña-España: crónica de un portazo*. El resumen de la obra dice así: «¿En qué momento se había jodido el Perú?», se preguntaba Mario Vargas Llosa en *Conversación en La Catedral*. Y esa misma duda, reconvertida en interrogante sobre la relación entre Cataluña y España, plantea en este libro Arturo San Agustín a políticos, sociólogos, notarios, empresarios, expresidentes de la Generalitat, expertos en rumores, abades y periodistas, entre otros, que se mueven en sus respuestas, según los casos, entre la zozobra, el voluntarismo, la expectativa, la confusión y la esperanza.

El título, *Cuando se jodió lo nuestro*, es una cita de Mario Vargas Llosa, concretamente de cuando, en *Conversación en La Catedral*, Vargas Llosa se pregunta: «¿En qué momento se había jodido el Perú?». La analogía de Arturo San Agustín es efectivamente atrevida y muy celebrada. Por lo menos hasta que Esperanza Aguirre —la primera, en la frente— vuelve a desenfundar su sonrisaza de las grandes ocasiones: «¿Y por qué cuando sin acento, en lugar de con acento?».

Es decir: ¿por qué decimos cuando se jodió lo nuestro, dándolo ya por jodido sin remedio, en lugar de preguntar-

nos cuándo se jodió, que mientras hay duda hay esperanza, Aguirre y de la otra?

Por supuesto que ella no lo dice así. Marquesa (entre otras cosas) como es, rubia hasta la extenuación pija, vestida de verde lima, cuca como un *bibelot* inteligente, Aguirre nimba de mohínes su férrea negativa a usar en público la palabra «joder». Ella prefiere pues eso, hablar de cuando o cuándo —no tanto monta...— se han podido empezar a ir ciertas cosas al garete.

La presentación tiene miga por infinidad de asuntos. ¿Quién provoca a quién? No está mal por parte de San Agustín haber elegido como introductora de su libro en *Madrid* a Esperanza Aguirre. Hablamos de un libro catalanísimo, hecho en Cataluña, por Cataluña y para Cataluña aunque la aspereza tirando a «que te cagas» del título pueda hacer pensar lo contrario. De hecho es posible que el título sea precisamente lo más español del libro.

«¡Pues yo no soy nada sospechoso de ser nacionalista!», se duele Arturo en las primeras banderillas de Esperanza. Recuerda además que él se cuenta entre los «últimos apaches» que escriben en castellano en Cataluña.

Todo esto viene de que Esperanza acababa de reprocharle que en el libro no aparezcan «casi liberales» ni por ejemplo un Félix de Azúa, un Francesc de Carreras, un Juan Marsé. ¿Porque no hacía falta? ¿Porque son testimonios que pueden darse por archiconocidos y sabidos y había que buscar voces distintas, como sostiene él? ¿O porque en Cataluña empieza a cundir un tipo sutil de cerrazón, de distorsión de la realidad que ya ni siquiera es apreciada o aquilataada en su verdadera magnitud ni por los críticos de la actual pomada, como sugiere ella?

¿Empieza a ser irreparable que una madrileña y un catalán transiten por órbitas mentales y temperamentales distintas, que no pueden llegar a tocarse ni queriendo?

Y eso que menudo catalán él y menuda madrileña ella...

ESPERANZA: Tu libro dice que yo soy pizpireta, colorista, burguesa, descarada...

ARTURO: Es que sólo las burguesas descaradas como tú se atreven a decir ciertas cosas...

Por ejemplo, a reivindicar allí mismo el «amor» por Cataluña como argumento de peso contra la secesión. Toma ya. Quién te ha visto y quién te ve, Aguirre. ¿En qué ha quedado aquel desparpajo de hace nueve años, ese casi sacarle la lengua, con gracia pero la lengua, todo lo que da de sí, todo lo que se permite una marquesa que además es como la Chata del PP, al postrer sermón de la montaña de Jordi Pujol en el Ilustre Colegio de Abogados de Madrid?

Atención que esta declaración de amor a Cataluña ni se le ha caído del bolso ni se le ha escapado. No es la primera vez que Esperanza Aguirre arrima la rodillita a los catalanes. Arturo San Agustín sabía donde pisaba cuando le pidió que le presentara el libro en Blanquerna el 2 de julio de 2014.

Menos de un año antes, el 19 de septiembre de 2013, Aguirre habló en el Círculo Ecuestre de Barcelona con un éxito de público que desbordó con mucho su poder de convocatoria en Blanquerna. El presidente del Ecuestre, Borja García-Nieto, comentaría admirado que esta mujer había pulverizado los récords de asistentes establecidos por conferenciantes de la talla de Mikhaíl Gorbachov o Valéry Giscard D'Estaing.

La turbamulta se formó para oír a Aguirre pedir sin ningún empacho la «catalanización de España». A su modo de ver se «equivocan» los que dentro de su propio partido, el PP, tratan de frenar a los independentistas metiéndoles miedo a las posibles consecuencias de sus deseos, o acarician la idea de que todo se podría arreglar dando de repente más dinero, negociando de repente un buen pacto fiscal. Para ella todo esto son chapuzas y patinazos varios que nada remedian mientras el resto de España no aprenda a hablar a los catalanes en el exacto lenguaje de su corazón. A taladrar su sentida costra de agravios.

Como por arte de magia, la misma señora que le dio públicamente en el morro a Jordi Pujol por no haber sido capaz de imponer *su* idea de Constitución, *su* música a la letra de la España autonómica, hace de su capa un sayo y de su chotis una rumba (catalana) para pedir que todos los españolitos que vienen al mundo aprendan, antes de meter el corazón en hielo, a «conocer mejor y a amar» a Cataluña y a comprender, por ejemplo, que no puede ser que comunidades autónomas surgidas de la nada histórica acaben alcanzando el mismo nivel de autogobierno por el que los catalanes han suspirado durante siglos.

Hay que verla y hay que oírla. Cómo reparte a la vez estopa y seducción. A los independentistas o por lo menos dispuestos a abrir la caja del juguete nuevo de la independencia les hace llegar el mensaje de que a ella el secesionismo no la «escandaliza» lo más mínimo, siempre que se proponga o incluso se consiga por «cauces legales». Es decir, que si lo hacen por fastidiar, con la ilusión de que a ella le dé un síncope, tururut. A Artur Mas le lanza el gentil recordatorio de que, de llegar a florecer una eventual república ca-

talana, lo más seguro es que la gobierne ERC y no CiU. Y desde luego no se olvida de culpar al progresivo joderse (perdón, irse al garete) de todo el tema al «adoctrinamiento» soberanista en la escuela, a la inexistencia de una prensa catalana «crítica» y a la tendencia de la izquierda a «echarse en brazos» del nacionalismo; todo ello sin abstenerse ni cortarse de afear a la derecha y al centro-derecha (es decir, a los suyos, suyos) la metedura de pata sin fin de no ofrecer alternativas «atractivas» y hasta la opacidad de las balanzas fiscales como pedal sin fin del «España nos roba».

En resumen, que del discurso de Pujol al libro de San Agustín esta mujer, Esperanza Aguirre, ha evolucionado hasta el punto de darse la vuelta como una media de seda (las marquesas no llevan calcetines, excepto cuando las pilla un atentado islamista en Bombay). ¿O no tanto? ¿O la capacidad de enterarse de la gravedad de un problema cuando le interesa siempre había estado ahí, por ejemplo cuando, siendo presidenta del Senado, asombró a propios y extraños con una perfecta, aunque breve, dicción catalana desde la tribuna?

Diríase que aunque la palabra no le gustara, Esperanza Aguirre tenía que ver lo nuestro jodido. Pero jodido de verdad. ¿Cuántas veces no habrá soñado en poder parar el contador, en dejar las cosas como estaban antes de que Pujol se despidiera de *Madrid*, del *peix al cove* y de la tercera vía?

Atención a la alarma elegíaca que el respetado periodista Lluís Bassets, director de la edición catalana de *El País*, le transmitió en persona a Pujol cuando Artur Mas empezó a sacar los pies del plato del Estado, sin que su padre y hacedor (Pujol es a Mas lo que Gepetto a Pinocchio...) le enmendara o tratara de propinarle un reglazo en los nudillos

políticos como tantas veces, sin ir más lejos, José María Aznar ha tratado de darle a Mariano Rajoy: «*President*, ahora que usted ha dejado de serlo, yo me he vuelto pujolista».

Definitivamente Esperanza Aguirre, aunque sea la más vistosa y la más colorista, Arturo San Agustín *dixit*, no es la primera ni la última en desear la resurrección del pujolismo.

Sigamos con Bassets: «Del pujolismo hay que conservar: el compromiso con España; el realismo; el pactismo. También una fibra muy pujolista y muy bien arraigada en la sociedad catalana, que hay que diferenciar del soberanismo: Cataluña necesita un Gobierno propio con tanto autogobierno como sea posible y eso tiene que obtenerlo negociando y pactando obstinadamente dentro del marco español y europeo, sin perder nunca el compromiso con la gobernabilidad y la estabilidad española y europea. Si eso es pujolismo, éste es el pujolismo que hay que preservar o, visto el estado actual de las cosas, recuperar después de que el pujolismo lo haya echado a perder, lanzado o regalado. Pura tercera vía, es cierto».

Si en los años ochenta o noventa le hubieran dicho a Jordi Pujol que el director de *El País* en Cataluña iba a acabar escribiendo esto, él no se lo habría creído ni hartado de vino. Vamos, que *si el punxen, no li treuen sang* (si le pinchan, no sale sangre). Y ahora que por fin ocurre, ¿qué? ¿Pudo pensar Bassets, o alguien, que quién sabe si reconociéndole y halagándole, quién sabe si admitiendo por fin que España se equivocó o pudo equivocarse con él, Pujol reaccionaría y saldría a confesar por fin que estaba hartado de Mas, de su propio hijo Oriol y del resto de arrebatados sucesores suyos? ¿Que todo esto era una pesadilla o una broma, unas vacacioncillas del *seny*?

Pues nada de nada, oye: Pujol, frío como un témpano, echa balones históricos fuera. «Mire —le *engalta* (espeta) a Bassets—, estamos ante un muro. La tercera vía no existe. Se lo digo yo que me he esforzado en eso treinta años.» Pues vale. Pero la esperanza es lo último que se pierde, ¿no?

Por lo menos hasta el 25 de julio de 2014. Apenas veintitrés días después de la intervención de Aguirre en Blauquerna, cae cierta bomba atómica en forma de cierto comunicado que empezaba diciendo así: «Mi padre, Florenci Pujol i Brugat, dispuso como última voluntad específica que un dinero ubicado en el extranjero...».

Los que leéis esto, ¿abandonad toda esperanza, Aguirre y de la otra? De Esperanza Aguirre hay que decir que a no mucho tardar se verá ella misma esquivando una telaraña de escándalos. No a la misma escala que Pujol, desde luego. La parca de la corrupción siega inmisericorde a sus pies, cortando cabezas de antiguos y estrechísimos colaboradores suyos... pero en el momento de escribirse estas líneas, la marquesa sigue en pie. Esperanza resiste y podría ser candidata a la alcaldía de Madrid.

Lo cual da una idea, dicho sea de paso, de la inquietud de Mariano Rajoy ante la presión de su propio partido, con los vagones puestos en círculo, temerosos todos de partirse la crisma en las próximas elecciones generales. No sería la primera vez que pasan de la mayoría absoluta a verse en la p... calle.

Sólo así se entiende que Rajoy corra el riesgo político de volver a contar con Aguirre, que ha hecho algo más que toserle, que le hace algo más que sombra, para una candidatura de primera línea. Para una posible rampa de lanzamiento a la presidencia del Gobierno.

De hacerse realidad todos estos cuentos de la lechera (por

ahora), de llegar la pizpireta, colorista, descarada, etc., Esperanza Aguirre algún día a la Moncloa, ¿llegaría con ella su discurso sobre Cataluña en el Círculo Ecuéstre y en Blanquerna? ¿Llegaría una apuesta del PP por una eventual tercera vía, por un pujolismo sin Pujol?

Desde luego no hace falta ninguna encuesta, ni ningún Pedro Arriola vísceras del CIS en mano, para cerciorarse de que tras su dramática confesión de llevar décadas escondiendo (y multiplicando) dinero en el extranjero, Pujol se hunde a plomo, a plomo, a plomo, no ya políticamente sino históricamente, se hunde con todo el equipo... ¿y con toda la Atlántida catalana y española? ¿Qué sucede en las entrañas, en la *panxa del bou* de la caldera nacionalista? ¿Más madera que es la guerra? ¿O más desolación? A Artur Mas se le ve muy afectado y demudado, muy perdida la color... A Oriol Junqueras, en cambio, hay quien le encuentra incluso más rozagante y más pimpante. Como si se hubiera quitado un peso de encima. ¿Una rémora?

¿Va a sentirse por primera vez y por fin libre el independentismo del yeti del Tagamanent que todos estos años les ha perseguido y acomplejado cual hamletiano espectro? ¿Se podrán ahorrar el mal trago de matar al padre porque este ya se les ha hecho el haraquiri por sorpresa?

El gran cronista elegíaco, Lluís Bassets, escribirá en un rápido pero sentido libro sobre el ocaso del dios (¿para qué pretender que había otros?): «Ahora lo que toca es cuidar bien las cosas esenciales: la lengua, la cultura, el autogobierno, las competencias, y hacerlo desde la decencia y el respeto. Para evitar que la derrota de Pujol se convierta en la derrota de Cataluña. Recuperar la dignidad. Recuperar una autoestima diferente a la pujolista, porque tiene que ser

una autoestima nada arrogante, sin el complejo de superioridad moral respecto al resto de los españoles y casi de los europeos que el pujolismo ha inculcado en las mentes y ha infiltrado casi en la sangre de los jóvenes catalanes. Hay que recuperar la simpatía de los españoles por los catalanes, recuperar amigos y aliados. Hay que volver a convertir Cataluña en la vanguardia española, polo de admiración y emulación, y ejemplo de solidaridad».

Y el 16 de agosto, sólo veintidós días después de caer el comunicado-bomba, Arturo San Agustín, siempre Arturo San Agustín, escribe la mejor crónica posible del antes y el después, en forma de relato de lo acontecido en una cena donde coincidió públicamente con Pujol nada más salir publicado su libro, y que al parecer se convirtió en una mezcla de Macbeth y O.K. Corral...

ASÍ FUE TODO AQUELLA NOCHE

Jordi Pujol me apuntó, pues, con ese dedo y, en voz alta, me preguntó: «San Agustín, ¿cuándo se jodió lo nuestro?».

No pensaba escribir este artículo. Ni fui periodista súbdito de Jordi Pujol cuando mandaba, ni soy tan cobarde como para dispararle ahora que aparenta estar desarmado. Y, desde luego, tampoco soy tan ofensivamente cínico o idiota como para intentar justificar su conducta regalándole argumentos propagandísticos como la inmolación o la expiación. Eso es insultar a los verdaderos católicos. No, no pensaba escribir sobre Jordi Pujol y menos con estos calores. Pero la publicación de dos artículos en los que se hablaba —en uno de ellos con poca precisión— de lo ocurrido durante una cena en el restaurante La Venta de Barcelona creo que me obliga a con-

tar lo que sucedió aquella noche. Además, como Jordi Pujol me hizo la pregunta o me provocó públicamente, mi respuesta también es pública.

Fue Lady Marta Ferrusola, inequívoco personaje de Shakespeare, quien, al abandonar la mesa en la que había cenado con su esposo, me descubrió entre los colegas que aquella noche cenábamos en La Venta. «Mira quién está aquí, Jordi». Y Pujol, que ya había comenzado a actuar para algunos compañeros, se acercó a mí, me miró desafiante y comenzó a manejar el índice de su mano derecha. Me apuntó, pues, con ese dedo y, en voz alta, me preguntó: «San Agustín, ¿cuándo se jodió lo nuestro?». O sea, que utilizó el título de mi libro *Cuando se jodió lo nuestro* en el que, algunos principales, entre ellos el propio Pujol, hablan de las relaciones entre Cataluña y España.

Jordi Pujol siempre suele utilizar a un periodista súbdito o a un tonto útil para improvisar un monólogo que provoca las risas del público. Porque si algo es Pujol es un monólogo como los que inventó Miguel Gila y copió Joan Capri, pero sin teléfono. Además, Pujol, como Capri, siempre introduce frases en castellano, que aún garantizan más las risas. «San Agustín, ¿cuándo se jodió lo nuestro?» Es verdad que cuando se dirigió a mí, más de seis veces, preguntando siempre lo mismo, es decir, «San Agustín, ¿cuándo se jodió lo nuestro?», puse cara de mala leche. Y la puse porque la tengo y porque me negué a hacer el papel de periodista súbdito o de tonto útil, pero también es verdad que le respondí: «Usted sabe cuándo se jodió lo nuestro y así se explica en mi libro». Pero no lo aceptó: «Yo he leído su libro y en el mismo no se demuestra que lo nuestro se haya jodido».

Luego, cuando todo el restaurante estaba pendiente de su monólogo, me dijo: «En su libro no quedo demasiado bien. Y ya le dije que la frase “*avui això no toca*” es la traducción de

la inglesa “*no comment*”». Yo le respondí que no era lo mismo, que su frase era autoritaria. Pujol, siempre actuando, concluyó: «Pero mi frase es más simpática». Después de aquella cena recibí varias llamadas de la oficina de Jordi Pujol y una carta, pero no pudimos vernos para hablar de «cuando se jodió lo nuestro» —ésa era su sugerencia— porque durante las últimas semanas he estado en Roma. Y porque, días después de recibir aquella carta, Pujol hizo confesión pública de algunos de sus actos.

No fui periodista súbdito de Jordi Pujol, que siempre supo que nunca me he fiado de ningún patriota. Y quizá por eso me concedió las entrevistas que le solicité y nunca, porque ésa era su costumbre, intentó manipularlas. Ni siquiera me insinuó cómo debía titularlas, porque hasta eso era capaz de hacer y hacía Pujol. Desde luego, yo sabía lo que todos los periodistas sabíamos, pero en periodismo hay que demostrar lo que se dice que se sabe y por eso le concedía el beneficio de la duda sólo en algunos de sus confesados principios; en los cristianos. A mí, pues, no me sorprende el comportamiento de Pujol. Y no me sorprende porque la política es apariencia. Lo que me sorprende e indigna es que algunos colegas, súbditos de Pujol, sigan emperrados en negar la evidencia e incluso se atrevan a insinuar —ésa es la última campaña de intoxicación— que su reciente actuación podría tener como objetivo lograr el éxito popular en los próximos 11 de septiembre y 9 de noviembre.

Buena parte de la Catalunya oficial y periodística está gravemente enferma. Porque hasta el cinismo exagerado acaba afectando al cerebro. Y la otra parte o bien está dormida o está muerta. En resumen, aunque usted lo niegue, señor Pujol, estamos jodidos, muy jodidos. Pero usted ha ganado. Alguien, en una televisión, dijo: «Pujol se ha vuelto a sacrificar por Cataluña». Usted ha ganado, pero, como ya le dije hace

¿LOS ESPAÑOLES SON DE MARTE Y LOS CATALANES DE VENUS?

años, no pasará a la historia con el traje y la corbata que había imaginado.

¿Se imaginará alguien algún día fuera de Cataluña con cuánto dolor está escrito esto?

En fin, es igual. Vamos a lo que de verdad importa: ¿y ahora, qué?